

543
M.

PA 2625
.E53
A28
v.2



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Prohibida toda traducción
y reproducción.*

IMPRESA DE F. GARCÍA HERRERO
calle Mayor, número 119.

Miguel Larrañaga

CUARTA PARTE.

JUANA BARFLEUR

I

Dos intrusos.

Colette y Juana, víctimas de la triple alianza de Bidoux, Justina y Urbano, abandonaban el castillo de Montiers en una hermosa mañana de primavera.

El ómnibus que las conducía, era uno de esos carruajes de campo muy lujosos, perfectamente cuidados, barnizados como muebles preciosos y con las cifras del dueño a los dos costados de la caja.

Las dos jóvenes ocupaban su interior, tristes, vestidas de negro, llenas sin embargo, de valor y dispuestas á afrontar sin quejarse las dificultades, desconocidas para ellas, de que la vida de las jóvenes pobres está erizada.

Después de todo, ¿no estaban juntas para sostenerse mutuamente?

Hermanas, sabían con vaguedad que no lo eran.

Magdalena Aubin se lo había dejado entender y en su joven imaginación habían quedado impresas algunas palabras que se le habían escapado.

Juana no había debido conocer a sus padres. No era hija del pescador más que por adopción.

Pero ni la una ni la otra, intentaban aclarar aquel punto oscuro de su pasado.

¿Para qué?

No sabían, ó al menos no querían saber, más que esto: que no se habían separado jamás desde su más remota infancia; que los mismos recuerdos de una suerte común las unía la una á la otra; que no conocían á nadie en el mundo, y sobre todo, que se amaban entrañablemente.

No llevaban ninguna amargura de aquel castillo de Montiers que habitaban hacía diez años.

El recuerdo de su bienhechora les era querido.

Ellas se decían que la muerte no le había dado tiempo de poner en ejecución sus buenos deseos; que no eran víctimas más que de un azar ó de una fatalidad.

Si el notario no había descubierto en el secreto el papel misterioso que debía asegurar su porvenir, no acusaban á nadie y pensaban que la señora Chambly, tan poco expansiva de ordinario, se había explicado mal, ó que ellas no la habían comprendido bien.

El señor Pescheux era más perspicaz.

Sospechaba una artimaña en la desaparición del documento, que él sabía que debía existir, y para el cual le había pedido la millonaria, más de una vez, instrucciones.

A su parecer, se encontraban allí en presencia de uno de esos fraudes criminales, tan frecuentes en cuestión de herencias, fraude que se

prometía él descubrir más tarde ó más temprano.

Pero las dos hermanas no sospechaban nada.

Se marchaban con la inquebrantable fe de la juventud en el porvenir.

Y hasta sentían cierta alegría al verse libres de toda tutela, al poder volar con sus propias alas.

La perspectiva del trabajo no las asustaba.

Con tal de que tuviesen el derecho de vivir juntas, no deseaban más.

El coche, al cadencioso trote de sus dos caballos castaños, seguía un camino paralelo á un paseo del parque enarenado y admirablemente cuidado.

Bidou, el hombre de confianza de la señora Chambly, el socio de Justina, no carecía de conocimientos en el trayecto de Montiers á Compiègne.

Como todos los cocheros de las casas de campo, á fuerza de recorrer el mismo camino tantas veces, tenía amigos de un extremo á otro y les servía con mucho gusto, sobre todo cuando el favor que tenía que dispensarles no le costaba nada.

Esto es lo que le sucedió aquel día.

A un cuarto de legua de Montiers recogió un primer viajero y lo instaló en el imperial del ómnibus, entre los equipajes de las señoritas.

Las trazas de aquel intruso contrastaban con el lujo del vehículo.

Era difícil asignarle una edad precisa; podría tener de cuarenta y cinco á cincuenta años, y llevaba un traje de pana verde, demasiado ancho para su delgado y largo cuerpo, pero la tela estaba tan rapada, tan usada y descolorida, que apenas se conocía á qué género había pertenecido.

El conjunto estaba, sin embargo, limpio y cepillado con cuidado.

Las tres cuartas partes de la cara, de aquel individuo desaparecían bajo los pelos de una barba corta; su corto cabello se ocultaba deba-

jo de una gorra redonda en forma de melon, de esas que usan los guarda-bosques; pero con toda seguridad aquella gorra vieja provenia de algun regalo.

El que la llevaba no podia ser más que una variedad de la gran familia de los mendigcs.

Lo era en efecto, pero de una especie particular. Era un pobre vergonzoso y tímido, que disfrazaba su verdadera profesion bajo diversos pretextos y muy especialmente, ofreciéndose á sus vecinos para comisiones y trabajos ligeros de los cuales podia encargarse él con seguridad.

Se llamaba Matías.

Todo lo que se sabia de aquel ser tímido, que vivia como un salvaje, era que habia nacido en el país, que era hijo de gentes pobres; que le habia tocado la quinta y que habia sido herido en Crimea en la cabeza, lo que por cierto habia debilitado su inteligencia ya bastante corta de suyo.

Gozaba de una pequeña pension de ciento cincuenta francos, que le valia su herida, y vivia en una cabaña á la orilla de un camino de travesía, casi al extremo del parque de Montiers.

Era una obra muy original, que se habia construido él mismo, en un estrecho pedazo de terreno que habia heredado de sus padres.

Se parecía á las cuevas que hacen los peones camineros en las cunetas de las carreteras, para preservarse de las lluvias en el invierno y del calor en el verano.

Sólo que era cuatro veces mayor.

Más comfortable á su habitante, estaba provista de una chimenea que un bromista hubiera podido tapar con un manojo de heno sin más que subirse sobre los hombros de un compañero.

Pero nadie se ocupaba de buscar camorra á aquel desgraciado despojo de nuestros ejércitos.

Matías era tan inofensivo, que se le acogia en todas partes con bondad.

En Montiers, en particular, tenia la seguridad de encontrar la pitanza, que no tenia necesidad de pedir, lo cual era doble favor.

Y si desde hacia algunos años su casa habia tomado la apariencia de la casa de un cristiano, habia sido porque la señora Chambly, á instancias de sus dos protegidas, quienes protegian á su vez y de muy buena gana al antiguo soldado, habia enviado obreros para repararla y ponerla en buen estado.

Las dos jóvenes, movidas á compasion, se cuidaban de que Matías no careciera de nada, y más de una vez le habian dado algun franco, economizado de las cantidades que la señora Chambly les daba para sus pequeños gastos.

Al aproximarse el ómnibus, el antiguo soldado, que marchaba á buen paso, se habia vuelto y enseñado un papel que llevaba en la mano.

—¿Adónde vas?—le preguntó Bidoux, deteniendo los caballos.

—A Compiègne, á llevar una carta.

—¿Para quién?

—Para los Precourt.

—Sube.

Matías no se hacia rogar en semejantes casos. Eran cuatro buenas leguas ganadas, con la perspectiva de volver por el mismo medio.

Quinientos metros más allá, la verja de una casita de campo se abrió al aproximarse el coche.

Una criada, de unos treinta años de edad, se presentó en la puerta y levantó la mano.

Los caballos se pararon.

—Decid, Florencia—preguntó el cochero con tono jovial,—¿es que me tomáis por un conductor de diligencias?

—No, señor Bidoux, pero el señor Venotte va á tomar el tren.

—¿Y quiere un asiento?

—Si es posible...

La criada era de esas á las cuales un cochero de buena casa no niega nunca un favor.

Regordeta, bien parecida, con hoyitos en las

mejillas y en la barba, y no tenia mudos los ojos.

Bidoux se mostró con ella muy amable.

—Por vos—la dijo—no hay nada que yo no haga. ¿Está preparado el señor Venotte?

—Sí.

—Pues bien, pronto ¡ehl tengo prisa.

—En seguida.

La criada entró en la casa y volvió al instante con una maleta de tafilete, bastante elegante, en la mano.

—Aquí teneis—le dijo al cochero.

Detrás de ella iba un caballero de mediana edad, de claros y grises cabellos, grueso y bajo, de cara redonda, jovial y recién afeitada, á escepcion de dos pequeñas patillas rubias.

Sus ojos eran cada uno de diferente color, muy vivos, inquietaban cuando miraban de cerca.

Su traje, muy cuidado, demasiado cuidado, muy elegante; su camisa muy limpia y la corbata blanca, le daban el aspecto de un notario de pueblo que iba á que firmasen un contrato matrimonial, ó de un acomodador de teatro en el ejercicio de sus funciones.

No era ni lo uno ni lo otro.

Montó, se colocó en el pescante al lado del cochero, y antes de sentarse echó las manos á las solapas de su gaban color habana, desabrochándolo y doblando las solapas para que sobresaliera su forro de seda y pudiera verse su ajustada levita, dirigió una mirada á la criada, á quien Bidoux habia llamado Florencia, mirada que no podia dejar duda alguna acerca de su grado de intimidad, y el ómnibus continuó su camino.

—Estais ataviado como un prefecto, señor Venotte—dijo el cochero á su compañero.

—Este es el uniforme de la casa, mi querido señor Bidoux—repuso el segundo intruso.—Estoy en jaezado y vuelvo al galope á mi puesto.

—¡Diablo! Allí se hila fino.

—Sí, es preciso elegancia, por las señoras. ¡Comprendeis!

—¡Es una famosa casa, y que produce!...

—¡Todo lo que se quiere! No hay más que bajarse para coger.

Sacó una petaca con cigarros.

—¿Encendeis uno?—dijo al cochero presentándosele.

—Gracias.

—¡Haceis mal! Esto es un bálsamo.

El hombre de la corbata blanca se volvió.

—¿Se puede fumar? ¿No molesta al señor?—preguntó dirigiéndose á Matias.

—No, señor Venotte.

—¿Vais á Compiègne, querido?

—Sí, el señor Bidoux tiene á bien llevarme. ¡Eso han ganado mis zapatos!

—Y vuestras piernas tambien, hermano.

El señor Venotte, cuyo nombre era Fortunato, no era orgulloso.

Esto se veía bien.

Se ganaba en seguida las simpatias de las gentes; solo que era más preferible desconfiar de él.

Se decia en voz baja que habia pertenecido algun tiempo á la prefectura de policia.

Por el momento estaba empleado en los almacenes del Tisserand, reconstruido sobre las ruinas de un suntuoso bazar destruido por un incendio y salido de sus ruinas más triunfante que antes.

Todos los parisienses conocen esa inmensa casa que forma un cuadrilátero en el ángulo de los dos boulevares de San German y San Miguel.

Venotte estaba encargado especialmente de vigilar y detener á las rateras, que no son raras en aquellas multitudes, pero ocupaba sus ocios tomando notas del personal, que le temia como al fuego y le detestaba como á la peste.

En el fondo, si no hubiera sido por su comision, el inspector no era ni peor ni mejor que otros muchos.

Pero de todos modos no era muy malo.

—Matias quiere más á sus zapatos que á sus piernas—dijo el cochero.

—Porque el cuero no se regala. ¿No es así?

—Es verdad, señor Venotte—dijo el antiguo soldado con humildad.

Y animado por el tono familiar del inspector, añadió:

—¡Qué bonita propiedad teneis!

Venotte se engalló.

Su vanidad de propietario era agradablemente halagada.

—Sí,—dijo tocando las puntas del cuello recto de su camisa; ya he gastado en ella más de treinta mil francos, pero serán bien aprovechados.

Figuraos una casucha de carton, con una verja de hierro blanco en medio de un campo adornado de unos sesenta rabos de escoba. Y he aquí la posesion.

Pero Florencia era allí el rayo de sol.

Venotte se inclinó al oido del cochero.

—Es buena para ciertos trapisondillas—le dijo confidencialmente.

Aquellos dos prójimos habian sido hechos para comprenderse.

Bidoux le tocó con la palma de la mano en el vientre y le llamó amistosamente:

—¡Viejo picaro!

Fortunato Venotte le tocó en el hombro á Bidoux.

—A propósito—le dijo—¿hay acontecimientos en vuestra casa?

—Sí.

—Se habla de ello en el país.

Bidoux se puso pálido y despues, efecto de la reaccion, colorado como una amapola.

No era por miedo, pero aun cuando estaba tranquilo, respecto á las consecuencias que los acontecimientos de que Venotte hacia alusion, pudieran traer, no le gustaba que el público se ocupara de ello.

Hay cenizas que es preciso no remover.

—No ha pasado nada más que lo natural,—dijo:

—Sin duda. Una señora anciana que las *lta*, eso se ve todos los dias. ¿Y las pequeñas que conducis?

—¿Las señoritas?

—¡Burladas en toda la línea las pobres! Se hablaba de un testamento. ¡No ha parecido el papel! Ellas hubieran podido vivir como princesas, con doncellas para peinarlas y coches para llevarlas. Y las va á ser preciso fatigarse como á todo el mundo, y mucho.

Bidoux no contestó.

Enseñó la punta de su látigo á los caballos, que alargaron el trote.

—Qué bien marchan ¿eh?—dijo por variar de conversacion.

—Buenos animales—dijo el otro.—¡Bien se conoce que están bien cuidados!

Y volviendo á su pista, Venotte añadió:

—¿Qué es lo que van á hacer en Paris vuestras marquesas?

—Harán lo que quieran—respondió Bidoux muy aburrido.

Aquella conversacion le ponía de muy mal humor.

Un remordimiento pesaba sobre su conciencia. Luego la tenia.

¡Hay tantas gentes que la han extraviado!

Por acorazado que se esté contra todo, hay infamias que nos enervan.

Bidoux tenia prisa por llegar á Compiègne para verse libre de sus víctimas.

—¿Sabeis—repuso Venotte—que vuestras jóvenes valen tanto oro como pesan?

—¡Ay!—dijo Bidoux afectando tristeza.

Sentia haberse encargado de aquel intrusotán hablador que le desesperaba con su charlataneria.

—Apostaria cualquier cosa—repuso Venotte—á que irán cualquier dia á pedir colocacion en nuestra casa. Es preciso colocarse, y eso está muy escabroso en estos tiempos.

—¿Las tomareis?—dijo maquinalmente el cochero.

—Esa es cuestion de los patrones. Pero para vuestro gobierno, querido, os diré que pequeñas cortadas por ese patron no se las encuentra todos los dias. Sólo que no más que para un almuerzo al sol. Despues de ellas—añadió con aire desenvuelto—toca el turno á otras. El mundo no ha concluido, y la simiente de esclavas no falta.

Venotte se espresaba con la desvergüenza y el aplomo de un negrero.

El mendigo le lanzó una mirada de través.

El queria á las señoritas de Montiers.

No olvidaba el bien que ellas le habian hecho ni su hermosa sonrisa.

Bidoux arreaba á los caballos. Aquel, Venotte le crispaba los nervios.

Por fin apareció Compiègne.

El ómnibus giró magistralmente en la estacion y se detuvo delante de la puerta.

Matias se bajó precipitadamente, abrió la portezuela para que salieran las dos jóvenes, y con voz temblorosa por la emocion, las dijo:

—¡Buena suerte, señoritas, y si yo pudiera seros útil en alguna cosa!...

—Gracias, hasta la vista, mi pobre Matias,—le contestó Juana.

El inspector no las perdió de vista.

Y cuando Colette y Juana, despues de haber colocado en la red algunos objetos que llevaban sobre sí, se sentaron en un coche de segunda, él se sentó en la banqueta de enfrente esperando una ocasion para entablar conversacion con ellas.

No era difícil encontrarla.

II

Consejo de amige.

Nadie, escepto él, hubiera dejado de tomar por mirada de águila la mirada con que el inspector de Tisserad envolvía á sus dos vecinas.

El águila es un ave de rapiña superior.

Fortunato Venotte no volaba tan alto y no poseía el poder fascinador de la reina de los aires.

De otro modo Dios sabe lo que hubiera sido de aquellas dos pobres jóvenes en sus primeros pasos en la vida.

Pero apenas si se ocupabande su compañero de viaje.

Pensaban en el pasado, que las parecía ya perdido en lejanas brumas (tañ nebulosos llegan á estar los acontecimientos más alegres ó más tristes de nuestra existencia, una vez que han pasado.)

El porvenir era lo que las asustaba, aquel porvenir tan incierto, hacía el cual iban á la aventura, sin idea fija, sin saber que hacer.

¿Adónde irían aquella misma noche?

Apenas si se atrevían á proponerse este problema.

Nada las había preparado para aquella vida nueva.

En sus pocas escursiones á París, acompañadas de la señora Chambly ó de sus institutrices, despedidas hacia un año, no se habían ocupado de nada.

Entonces iban á parar al Gran Hotel, pero ellas pensaban, con razón, que un gasto tan grande estaba prohibido ahora á sus escasos recursos.

Su bolsa no pesaba mucho.

Unos mil quinientos francos era lo que tenían.

Con esta cantidad no podían llevar una existencia de nabab.

Juana, la más jóven, pero la mejor cabeza de las dos abandonadas, comprendía perfectamente esto.

En su precipitación por abandonar Montiers, en donde se veía rodeada de una sorda hostilidad y de ese desprecio oculto con que los seres bajos consideran á los vencidos de la vida, no había pensado en informarse sobre lo que debía hacer al llegar á París ó más bien no había sabido á quien preguntar.

El tren que las conducía era un tren mixto, bastante cómodo, puesto que llegando á eso de las tres de la tarde, las dejaba tiempo para buscar un albergue y colocar sus equipajes, más considerables que sus fondos.

En Pont-Sainte-Maxence, el ortunato Venotte respiró.

Dos viajeros que estaban en el mismo departamento, se bajaron.

Se encontró solo con las dos jóvenes.

Podía hablarlas.

Cuanto más las examinaba, más le gustaban. ¡Tenían adorables rostros, palabra de honor! ¡Y eran bien formadas!

El inspector vacilaba entre las dos, no sabiendo á cual de ellas adjudicar la palma.

Colette, con una mano entre las de su hermana, miraba á lo lejos, del otro lado del Oise, las verdes matas del bosque de Hallatte.

Los ojos de Juana se encontraron con los del ex-policia.

No le conocía, ó mas bien, apenas le conocía; pero conocía su decantada *villa*, por haber llegado algunas veces hasta allí en sus paseos.

—¿Es usted el señor Venotte?—le dijo.

El inspector se inclinó y la contestó sonriendo:

—Sí, señorita, para servirlos.

Interiormente se dijo:

—¡En fin! ¡Es cien veces mas perfecta que yo creía! Decididamente es la más hermosa. ¡Una alhaja!

—Os pido mil perdones de no haberos reconocido antes—repuso Juana,—pero me dispensa-
reis. ¡Tengo el espíritu tan turbado!

Venotte fingió una profunda conmiseración. Un cocodrilo hambriento, acechando á las orillas del Nilo la presa que se dispone á destrozar, debe tener en aquellos momentos una mirada parecida á la de Venotte al hablar á Juana.

—Ya sé—la dijo.—¡Todo el mundo habla de ese accidente!... ¡Os compadecen!... ¿Vais á París?...

—Sí, señor.

—Bidoux me ha dicho algo. Deseais crearos una posición.

—¡Si es posible!

—¡Encontrareis grandes dificultades.

—¡Ah!

—Todas las colocaciones estan de una manera atroz, sobre todo las de las mujeres.

—¡Verdaderamente!

—¡Lo comprendereis! Las gentes de provincias afluyen á París como los rios al mar. Eso hace temblar. ¡Es una verdadera invasion de pretendientes! Un joven con un poco de suerte consigne aun colocarse, pero las jóvenes ¡ah! ¡miseria!

Y de pronto preguntó:

—¿Lleváis alguna intencion?

—No...

—¿Algún plan?

—Ninguno.

—¿Teneis alguna preferencia?

—Ni la más minima.

—¿Entonces estais dispuestas á aceptar cualquier colocacion?

—¡Con tal de que sea honrosa!

—¡Sin duda, sin duda!

Y pensó para sí:

—¡No estan fuertes! ¡Si la naturaleza me hubiera hecho mujer y me hubiera dotado de un fisico provisto de tantos encantos, no es ese el camino que yo seguiria!

Peró no ocultaremos que Fortunato Venotte era profundamente inmoral, y que en cuestion de oficios no apreciaba más que el provecho que de ellos se pudiera sacar y no el honor. ¡Testigo el suyo!

Por lo demás, este es un tipo bastante comun.

—¿De modo, que buscareis?—repuso despues de un momento de silencio.

—¡Puesto que es preciso!

—¿Pero desde luego al llegar á Paris tendreis necesidad de un alojamiento?

—¡Oh! sí; pero lo más sencillo posible.

—¿Os habeis fijado en algun barrio?

—Ni aun hemos pensado en eso.

—Lo comprendo—dijo con el tono del más profundo interés.—¡Esa pérdida ha sobrevenido tan de repente! ¡Ha sido un rayo! ¡La señora Chambly ha debido dejaros algo!

—Nada.

—¿Muebles?

—Ni sombra de ellos.

—¿Dinero?

—Nuestras economias bien restringidas.

—¿Vuestros efectos al menos?

—No nos los han quitado...

—¿Y eso es todo lo que os ha dejado?

—Todo.

Fortunato Venotte cerró sus labios de una manera especial.

—¡Diablo!—murmuró.

La situacion era peor de lo que él habia podido pensar.

Sin embargo, la sabia de antemano.

No se ignoraba en los alrededores de Montiers lo que habia pasado á la muerte de la señora Chambly.

—Entonces—dijo Venotte, como para concluir,—es preciso reflexionar, y mucho, mucho...

Colette, que no prestaba más que una distraida atencion á lo que hablaba su hermana con el hombre de la corbata blanca, y contemplaba pensativa el variable espectáculo de los bosques, los castillos y los campos que desfilaban ante ella, se volvió.

Los ojos del policia manifestaron sorpresa.

La belleza de Juana era ideal, exquisita, perfecta, si la perfeccion puede existir.

A su aspecto se sentia gana de arrodillarse ante aquella *madona* rubia, con ojos de color de cielo, de facciones de una suave delicadeza, de deslumbrante color; pero habia en ella una dignidad que imponia, que helaba las declaraciones y las palabras libres en los labios más atrevidos.

Colette, por el contrario, con su encendido color y sus ojos de una extrema brillantez, tenia en sí ese no se qué de escitante, de carnal, que seduce luego y que impulsa á la audacia.

Podia deseársela con pasion.

A Juana era preciso amarla siempre.

Fortunato Venotte estaba deslumbrado, abatido.

Se quedó de nuevo perplejo y se perdió en sus reflexiones, en su éxtasis.

Ciertamente, él habia visto jóvenes hermosas en los almacenes del Tisserand, en donde no son raras.

Alli se hace de ellas un horrible consumo.

No duran, según su brutal expresión, más que un almuerzo al sol.

Pero una pareja parecida, jamás, jamás la había ni siquiera entrevisto.

—¡Creil, cinco minutos de parada!—se oyó gritar al mismo tiempo que el tren se detenía.

El policía se rehizo.

No había tiempo que perder. París no distaba de allí más que una hora.

Cuando el tren se volvió a poner en marcha, otros viajeros se instalaron con ellos.

Venotte se inclinó hacia los dos jóvenes.

En el punto a que habían llegado empieza la intimidad.

Además, sin ser un fénix el inspector, tenía demasiada sutileza para no adivinar que en el estado de abandono en que el azar las lanzaba, debían creerse felices de encontrar en el camino un consejero en condiciones de poder colocarlas en una de las primeras casas de París.

La providencia se encarnaba en él.

—Vamos a ver—las dijo—hablad con sinceridad. No os oculto que me interesais en extremo. ¿Queréis colocaros?

—Ciertamente.

—¿Qué sabeis?

—Lo que se sabe de ordinario al salir de un colegio.

—¿La señora Chambly no ha escaseado nada para vuestra instrucción?

—Nada.

—¿Hablais el inglés?

—¡Oh, muy bien!—afirmó Colette con acento cómico.

—¿Y el alemán?

—Un poco.

—¿El trabajo?

—Sabemos coser, en caso necesario hacer un sombrero, un traje...

—Eso es admirable. ¿Y tocáis el piano tal vez?

—Algo.

Venotte tomó una actitud de oráculo.

—No debo ocultaros que aun con todos esos conocimientos se está muy expuesto a morir de hambre en las calles de París, y que por lo menos es terriblemente difícil hacer fortuna en él. Floristas, modistas, costureras, amas de huéspedes, empleadas de todas clases, os dirán que apenas ganan lo suficiente para vivir. A las desgraciadas que se levantan con el sol, van a ganar su jornal, y vuelven a la noche a sus buhardillas, se las paga generosamente de cincuenta a sesenta francos mensuales, ¡y aun!... Las que se distinguen en esos diversos oficios, en los cuales no hay más que agua para beber—esto no es una figura—son las únicas que llegan a conseguir un salario razonable... En nuestra casa, por el contrario, una de las señoritas dedicadas a la venta, además de la comida, puede ganar de ciento a doscientos francos mensuales. Aquello es una mina de oro, y con sensatez, capacidad y cierta flexibilidad de carácter, se llega a la cúspide de la carrera. ¡Entonces esto es soberbio! Se vive algunos pisos más bajo, y la corriente que empuja a las que así se conducen, principia a arrastrar lentejuelas de oro. Pero ya comprenderéis que son muchos los llamados y pocos los elegidos. Eso es como el paraíso. Para una plaza que no está jamás vacante, hay millones de peticiones, y la influencia del favor es una dificultad insuperable.

—¡Estais pavoroso!—dijo Colette.

Juana escuchaba al inspector con mucha atención, casi con avidez.

—¡Pero se consigue!—concluyó Venotte.

—¡Ah!—dijo Colette con incredulidad—¿y cómo?

—Pues como sucede con todo: ¡por protección!

—Nosotras no la tenemos.

—¿Y la mía?

—¡Vos no la concederéis!...

—¿Dudareis de ello? ¡Siendo verinas! ¡Y además, lo que os ocurrirá es de tal naturaleza, que

no puede menos de conmover á las almas sensibles! ¡Caer de un palacio á una tienda!

Fortunato Venotte se ponía casi alegre.

Entreveía para él en aquel encuentro un manantial de oscuros beneficios. Sería un verdadero tesoro el que llevaría á su casa.

Los grandes almacenes de hoy han llegado á ser más que ministerios y comprenden toda una jerarquía, desde el criado con la librea del establecimiento hasta el jefe superior, que dispone á su antojo de los grados, de los empleos, de los favores de toda especie y casi de la vida de sus subordinados, porque con la escasez de colocaciones y la dificultad de procurárselas, la mayor parte de las veces el despedir á un empleado es lanzarle en la miseria, ó al menos en la tortura, en la horrible tortura, con su cortejo de preocupaciones y disgustos.

Entre tanto desfilaban las estaciones con extrema rapidez.

Apenas si había tiempo para ver las que el tren dejaba atrás en su rápida carrera.

—¡Chantilly! ¡Survilliers! ¡Louvres!

Venotte continuaba hablando como el hombre que tiene mucha prisa por decir alguna cosa.

No se ganaba dinero más que en su casa y en una media docena de casas parecidas.

Las tiendas pequeñas estaban muertas por las grandes.

Por fin concluyó diciendo:

Que si aquellas señoritas querían, él se ponía á su disposición; que no había que desperdiciar la ocasión; que él no garantizaba el resultado; que utilizaría su influencia en favor de ellas, pero nada más; que si preferían otros almacenes, él las indicaría aquellos en que podían tener probabilidad de entrar. ¡Quién sabe! Más tarde, con su buen aspecto y ayudándolas algo la suerte, podrían llegar á ser patronas á su vez. Se necesitan capitales. No se establece uno sin *mónacos*, sin *cisco*, según las expresiones modernas; pero el dinero se encuentra. ¡No hay

más que ponerle precio! ¿Cómo? Esto es lo que él dejaba en la oscuridad.

Juana escuchaba con cierto malestar, medio comprendiendo.

Venotte recalcaba sus palabras con ciertas posturas y expresivos gestos; pero evitaba pasar la medida al hablar á pájaros que temía espantar.

De otro modo hubiera puesto los puntos sobre las íes.

Era claro.

—¡Pierrefittel! ¡Saint-Denis!—se oyó gritar.

Llegaron.

Venotte sacó una cartera del bolsillo de su gaban.

Aquella cartera estaba llena de notas y cuajada de jeroglíficos.

Se hubiera sorprendido á los empleados del Tisserand dándosela á leer.

Aquel Venotte era un hombre precioso para una administración.

Sacó una tarjeta y se la entregó á Juana, quien la miró y leyó:

* FORTUNATO VENOTTE.

Inspector en los grandes almacenes Plessis y C.^a

Y más abajo:

Calle Visconti, 17.

El tren pasaba en aquel momento entre dos líneas de casas de *Docks* y de fábricas que seguían sin interrupción.

—Siempre estaré á vuestra disposición,—dijo Venotte,—pero ¿qué hareis á la llegada?

Colette se encogió de hombros y estiró los brazos.

No lo sabía.

—¿Conoceis á alguien en París?

—A nadie.

—¿Un hotel?

—Ninguno.

Ella quería decir un hotel con relacion á su fortuna presente.

—¡Sin embargo, necesitais donde alojaros!

—Sin duda.

—Os aconsejo mi barrio.

—¿Del otro lado del rio?

—Mi calle, si quereis.

—¿Se encontrará allí lo que necesitamos?

—Perfectamente. Justamente hay un cuarto vacante á mi puerta. Dos habitaciones que dan sobre unos jardines. Son muy alegres.

Colette consultó á su hermana con una mirada.

—¡Si fuéramos á verlo!—dijo.

—En dos horas podeis tenerlo amueblado,—las dijo Venotte;—¡y es una gran economia! Encontrareis todo cuanto necesiteis en nuestra casa, y esta misma noche podeis tenerlo todo arreglado.

Juana suspiró.

Pero era preciso proveerse y Venotte con sus experiencias podia serlas útil.

Sin embargo, á pesar de su aire jovial, su cara no la gustaba. La encontraba no sé qué de falso que la ponía en guardia; pero á medida que se aproximaban á Paris, se sentía más sola, más perdida en aquella tumultuosa inmensidad, en donde, en efecto, ella no conocía á nadie y no sabía á quien confiarse.

Cogió furtivamente la mano de la morena, y la dijo al oído:

—¿Quieres?

Colette inclinó la cabeza.

El tren rodaba produciendo ese ruido sonoro que anuncia su llegada bajo las bóvedas del desembarcadero, y se detuvo.

Las puertas de los coches se abrieron y los viajeros se precipitaron en el andén.

—¿Qué decidís?—preguntó Venotte á sus hermosas compañeras.

—Puesto que sois bastante bueno para guiarnos, nosotras podríamos...—dijo Juana.

—Eso está hecho en seguida. Que os agrade ó no ese cuarto, podeis volver despues por vuestros equipajes. ¿Vamos?

—Vamos.

—Entonces, os llevo—dijo él alegremente.

Y consultando su reloj, añadió:

—Las tres y cuarto. Despachemos. A las ocho estareis instaladas en vuestra casa. No hay necesidad de hotel. Eso es una economia.

Las acompañó fuera de la estacion, llamó á un cochero, las hizo subir en el coche y subió él despues de haber dicho al cochero:

—¡Calle Visconti!